

VIRGINIDAD.

O quàm pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius.

¡Oh cuán bella es la generacion casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria.

(SAP. IV, 4.)

¡Cuán gloriosas son las prerogativas de la virginidad! Parece que Roma las había entrevisto al confiar á sus vestales, que debían ser vírgenes, el cuidado de mantener el fuego sagrado; y el respeto que les tributaba indica que veía en ellas algo divino, pues el romano más distinguido, aunque fuese emperador ó triunfador, se apresuraba á bajar de su carro si encontraba á una vestal!

Y no obstante, en aquellos siglos de corrupcion y de paganismo ¿qué era la virginidad honrada con tales prerogativas? ¡Una virtud de orgullo! Ella encubría en las vestales vicios groseros. ¡Una virtud efímera! Apreciada primero, se la ultrajaba en seguida. No, no; esa hermosa virtud, en aquellas supuestas vírgenes, no despedía el brillo que despiden las almas generosas que para agradar al verdadero Dios se privan de los placeres, renuncian al mundo y huyen de cuanto fomenta las inclinaciones de la carne. ¡Solo tú, santa religion, podías mostrarnos tan sorprendente prodigio. A tí sola estaba reservada la gloria de presentarnos unas almas brillantes y puras, redimidas de la tierra para ser las primicias del Cordero, seguirle á donde quiera que encamine sus pasos, y entonar el nuevo cántico que á otro cualquiera está prohibido pronunciar! A tí sola era dado enseñarnos ese dón celestial, esa virtud que nos asimila á los ángeles y nos une estrechamente con Dios. Y ved ahí, hermanos míos, lo que constituye la excelencia de la virginidad: su naturaleza, sus efectos en nosotros. Ocupémonos de ella; pero ántes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La naturaleza de la virginidad la hallo en el cielo, en el seno de Dios, de quien emana todo dón perfecto, toda gracia excelente: *Omne donum optimum, et omne donum perfectum, desursum est, descen-*

dens á Patre luminum (JAC. I, 17). Allí es donde contemplo el origen de la virginidad; y cuando la considero estrechamente unida con Dios, amada de quien es el Señor de todas las cosas, estoy convencido de su excelencia, y confieso que no podemos poseerla si Dios no nos la concede.

Y esta confesion nada tiene de humillante para nuestro corazon. Antes que nosotros, el rey Salomon la consignó en el libro sagrado que refiere su sabiduría primera y sus vergonzosos pecados. Como yo sabia, dice aquel príncipe, que no podía tener la continencia necesaria para conservar la pureza (y era ya un efecto de la sabiduría conocer de quien debía yo recibir este dón), dirigíme al Señor para obtener una gracia tan preciosa: *Et ut scivi quoniam aliter non possum esse continens, nisi Deus det, adii dominum et deprecatus sum* (SAP. VII, 21).

Bastan esas palabras para decirnos que la virginidad es un dón del Señor. Si; sin Dios, vírgenes del Señor, nunca hubierais podido echar el fundamento de ese hermoso edificio, ó bien lo hubierais visto, construido por vuestra sola mano, caer pronto en ruinas. ¡Cuántas y cuán fervorosas plegarias se han elevado de vuestro corazon para obtenerlo! ¡Qué de suspiros, qué de lágrimas al ver que Dios tardaba en oír vuestros votos, en admitiros entre sus esposas muy amadas! Pero ¡qué alegría, cuando el Señor os ha dicho: Desde hoy serás mi esposa: *Sponsabo te in sempiternum!* ¡Oh! conoced el precio del dón que se os ha dispensado. Ni el oro, ni las piedras preciosas pueden igualarlo. «Yo he visto la virginidad, decía una santa á otra para fortalecerla en su propósito de no tener más esposo que el Rey del cielo; la he visto bajo la forma de un jóven de celestial hermosura, de deslumbrante esplendor; su cabeza estaba coronada con una rica diadema; iba vestido de púrpura y cubierto de pedrería. ¡Oh! si se supiera, me ha dicho con aire tierno y risueño, el precio, la hermosura y las ventajas de la divina virginidad, todo se sacrificaría para adquirir esta piedra preciosa, y á pesar de este sacrificio, se confesaría que se ha obtenido á corto precio este inestimable tesoro.»

Vosotras, carísimas hermanas, habeis hecho generosamente este sacrificio; vuestro corazon ha sabido descubrir este tesoro; esta piedra preciosa embellece para siempre vuestra alma: ¡Cuánto debeis alegraros de haber conocido *el dón de Dios!* Disfrutad, pues, de vuestra dicha, esposas del Cordero, y no esperéis de nosotros más pormenores sobre la naturaleza de esta bella virtud. «Jesucristo, decía santa Magdalena de Pazzi, me ha dado tan alta idea de la virginidad, que no puedo expresarla con mis palabras;» y si nunca, añado yo,

se ha podido con razon copiar el lenguaje de un profeta, aquí, hermanas mías, debo exclamar: Niño soy, y no hago más que balbucear sobre tan sublime asunto: *Nescio loqui, quia puer ego sum* (JEREM. I, 6).

¿Y cómo daros á conocer tambien el grado de gloria á que os ha levantado la virginidad? Con ella os habeis hecho semejantes á los ángeles: sois ángeles de la tierra. En efecto, esta virtud os hace puras, incorruptibles, inmatrimoniales como los ángeles: «Que no hay ninguna, ha dicho el célebre Casiano, que nos espiritualize y deifique, en cierta manera, más que la castidad, por cuyo medio nos despojamos de todo lo terreno, corruptible y material que tenemos, y nos tornamos del todo celestes, espirituales, divinos.» Hermosas prerrogativas, que deben estimularos, hermanas mías, á querer una virtud que os asocia á las supremas inteligencias, ó mejor, que os eleva sobre los ángeles; pues la castidad del ángel es inherente á su misma esencia, al paso que en el hombre la posesion de la entereza virginal es efecto de la virtud. Tal era el pensamiento del piadoso Rodriguez, cuyos sabios tratados serán siempre la escuela de la perfeccion cristiana, como de la religiosa; de aquel buen padre que, inculcando la virtud á los jóvenes novicios, les decia con S. Cipriano: «Con el voto de castidad empezareis á gozar del bien que un dia poseereis en la gloria. Sí; mientras persistais en la castidad y en la pureza, sois semejantes á los ángeles... Hasta aventajais á los ángeles, añadia; como no tienen cuerpo, no es maravilla que sean puros; pero que el hombre, en una carne mortal, que hace una guerra continua al espíritu, viva como si no tuviese carne, eso es sin duda mucho más admirable (TRATADO IV. DE LA CASTIDAD). ¡Cuán gloriosa es, pues, la suerte de la esposa, de la esposa virgen! Con un cuerpo mortal, ya no pertenece á la tierra; sus funciones son del todo celestiales; sus ojos, cerrados á las pomposas maravillas de las cosas criadas, no ven más que las cosas del cielo; sus orejas no oyen mas que la voz del esposo; su lengua sólo sabe pronunciar sus alabanzas, y su corazon arder de amor por Jesús, quien, prendado de los atractivos de la virginidad, no vaciló en dejar la mansion de la gloria para venir á la tierra á preconizar la dicha de los que viven en la pureza: *Beati mundo corde.*

¿Son esas las únicas prerrogativas que nos proporciona la virginidad? No, hermanas mías; tambien nos une con Dios: ¡Qué nuevo grado de gloria! Ya lo sabeis. Dios es espíritu, se eleva con toda la plenitud de su esencia sobre la materia, y no tiene comercio con los sentidos. Y ¿qué criatura más desembarazada de la materia, más desceñida de los sentidos, que aquella cuyo corazon es puro y el al-

ma virgen, que no respira más que santidad y pureza, cuyas afecciones son todas para Dios, y que, por valerme de las expresiones de los santos Padres, es como una mesa nueva en que está grabada con todas las bellezas y perfecciones la imagen de la divinidad? Por eso el Señor ama á esta criatura: el divino Esposo, *que se complace entre los lirios*, se une estrechamente con ella, y la hace paladear interiormente un placer que sobrepuja á lo más voluptuoso que hay en el mundo. ¡Oh dicha! por una suerte infinitamente más gloriosa que la de una reina ó de una princesa, tiene por esposo al Rey de los reyes, al Principe de los principes, dice Tertuliano. Unida con él, constitúyese entre ellos una como sociedad de personas, una comunidad de intereses en que el alma virgen tiene por dote sus oraciones, sus abstinencias, sus piadosas afecciones, todas sus buenas obras, y en que Dios la dá, por derechos matrimoniales, su benevolencia, su proteccion, sus mercedes, sus comunicaciones interiores, con la sólida esperanza de mostrarla un dia su cara, y de hacerla bienaventurada eternamente consigo. ¡Grata union! ¡No me preguntéis cómo se verifica! Podemos saborear su dulzura, pero expresarla, darla á conocer, nunca. Y el alma, llamada á beber de aquel torrente de delicias, dice con S. Agustin: Al mismo tiempo que me has desprendido de la tierra, me has elevado hasta el cielo, llenado con tu espíritu, y te he hallado infinitamente más dulce, más delicioso que todas las dulzuras y delicias por mí abandonadas. ¡Mundo profano! prosigue ella, no vengas á hablarme de las dulzuras de tus uniones sosas é insípidas, que no merecen mis suspiros ni excitan mi sentimiento: he conocido su vanidad y presentido las aflicciones que las siguen; no trates, pues, de separar lo que Dios ha unido, lo que está unido con él: *Quod Deus conjunxit homo non separat*. Héme consagrado para siempre al Señor, y en mis transportes, exclamo con el rey profeta: Mi suerte me ha cabido de un modo muy ventajoso; mi herencia es excelente, pues que es Dios mismo. ¡Oh! yo bendeciré sin cesar á ese Dios bondadoso, por haberme dado la inteligencia necesaria para conocer esta herencia divina, é instruido de lo que debia hacer para asegurarme su posesion: *Funes ceciderunt mihi in proclavis: et enim hereditas mea proclara est mihi* (PSALM. XV, 6).

2. Pero ¿qué ventajas proporciona la virginidad? Mercedes divinas, paz perfecta; prendas de resurreccion y de inmortalidad: tales son las gloriosas ventajas que la virginidad proporciona.

¡Mercedes divinas! Aquel, dice el Espíritu Santo, tendrá al rey por amigo, que posee y ama la virginidad: *Qui diligit cordis munditiam, propter gratiam labiorum suorum habebit amicum regem* (PROV.

xxii, 11). Pero ¿qué rey? ¿un rey de la tierra, un mortal sujeto como nosotros á todas las humillaciones de la naturaleza humana? No, hermanos míos, la amistad de un rey de este mundo, por más preciosa y honorífica que sea, no es una merced divina... ¡Ah! los que en el tiempo han podido gloriarse de tener por amigo á un rey de la tierra, saben cuán inconstante es semejante amistad, cuán peligrosos son los caprichos que conviene adular para no perderla, y la sujecion que impone, y cuán poco descansa en el corazón! Nada parecido se halla en la amistad del rey de que quiere hablar el Espíritu Santo. Este rey es el Rey inmortal, el Rey de todos los siglos, el Rey de los reyes, único Señor supremo, único que sabe amar, porque es todo caridad. ¡Ved el amor que profesa á las almas bastante generosas para consagrarle su virginidad! ¡Con qué ternura las convida, con el nombre de esposas, á saborear las mercedes que les destina! No quiere llevarlas á un lugar de pasajeras delicias; quiere, sí, que duerman con un sueño misterioso sobre su sagrado pecho; quiere inundarlas con un torrente de placeres celestiales en su adorable corazón. Gratas comunicaciones, uniones íntimas, castos abrazos, inefables arrobamientos, gracias de predilección, todo inunda al alma virgen. Y en cambio ¡qué agradecimiento en su corazón! Páreceme que la oigo entonar un cántico de acción de gracias y exclamar con aquella hija de Judá que levantó primero el estandarte de la virginidad: ¡Oh alma mía! glorifica al Señor y no ceses de bendecirle por haberse dignado mirar la bajeza de su sierva: *Magnificat anima mea, Dominum*. Esta fuerza que sostiene mi alma contra las tentaciones que la suscita su enemigo; estas vivas llamas de amor que me consumen el corazón, todos estos bienes los he recibido de Dios, que quiere ser mi esposo. Puedo, pues, decirle como la esposa de los Cánticos: Mi muy amado es mío y yo soy toda suya: *Dilectus meus mihi et ego illi* (CANT. II, 16). ¡Oh! sí, poseo al que mi corazón ama; se halla en los lazos de mi amor, y nunca podré separarme de él: *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam*. Descanso en su corazón amable, donde quiero habitar todos los días de mi vida; desde esta arca de salvación veré las tempestades del mundo, y sus agitaciones y borrascas no podrán turbar la paz que me da la virginidad.

Y en efecto, cristianos; el corazón de una virgen no es como el de aquel que, según dice el Apóstol, no teme hacer de los miembros de su cuerpo, templo del Espíritu Santo, los miembros de una prostituta: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis Absit* (COR. VI, 15). Este,

ha dicho un profeta, está siempre inquieto como las olas de un mar alborotado: *Impii autem quasi mare fervens* (ISAÍ. LVII, 20). Jamás disfruta de dicha ni de sosiego. ¡Ah! los mentidos placeres que anhela son venenos devoradores que encienden en su corazón una sed que nada puede apagar; sumérgese en ellos, y en vez de hallar contento y satisfacción, ve con amargura que encierran vanidad y aflicción de ánimo.

Pero, el corazón de una virgen ¡cuán tierno espectáculo! Al contemplarle diríais que es la tranquilidad del mar en que bogaba Jesús con sus apóstoles, y que un momento ántes amagára tragarles. No hay duda que aquel mar conservó en su seno el germen de nuevas tempestades; las aguas podían agitarse en lo profundo de los abismos; pero ¿osaron ensoberbecerse de nuevo después de oídas las órdenes de su soberano? ¡Imágen natural de lo que pasa en el alma de una virgen! En vano la naturaleza, con sus inclinaciones, trata de hacerse oír; en vano el infierno entero se esfuerza para perderla. Firme en sus propósitos, nada puede conmoverla; la paz de que disfruta, nunca es turbada, porque su divino Esposo ha prohibido turbar el sueño místico de su amada esposa. ¡Dulce paz, que regocija al alma casta, como un río majestuoso que con sus aguas saludables alegre y fertiliza los campos que riega! Ante ella las pasiones callan y las virtudes germinan sin obstáculo. Emancipada así de la esclavitud y de la corrupción de los sentidos, el alma virgen ve aumentarse en ella la certeza de su inmortalidad y de su gloriosa resurrección. «Yo sé, decía Job, que mi Redentor está vivo y que resucitaré en el último día. Entónces, revestido de nuevo con mi piel, veré á mi Dios en mi propia carne, le contemplaré con mis propios ojos. ¡Dulce esperanza! Ella vivirá siempre en mi corazón (JOB. XXV, 27).

Estas palabras, hermanas mías, son las de una virgen que, con su sacrificio, ha adquirido una prenda preciosa de incorruptibilidad é inmortalidad. El mundo, parece que dice ella en su esperanza, contempla con dolor los días que paso lejos de sus vanos placeres. Lloro por mí, como en otro tiempo las santas mujeres, en vez de llorar por sí mismas y por sus hijos, lloraban por Jesús, que iba al Calvario para su glorificación. Atrévase á creer ¡insensato! que mi corazón está cerrado á la alegría... no hay duda que nunca la poseyera, si la esperanza de una vida futura no me sostuviese en medio de mi sacrificio. ¡De mi sacrificio! ¿qué he dicho? ¡Y he de llamar sacrificio la práctica de una virtud que me es tan provechosa? ¡Oh! el esposo de mi alma es un esposo vivo. Un día se levantará el velo que lo oculta á mis ojos... ¡cuánto suspira mi amor porque llegue aquel dichoso

dia, en que me será dado contemplar cara á cara al que mi corazón adora! Tal es la prenda que la virginidad proporciona á las almas que la profesan. La esperanza de una vida futura, de estar reunidas con el Dios de su corazón, las sostiene, las anima, las enagena y forma en la tierra toda su dicha. Y si un suspiro de amor llega á romper los lazos que las retienen en un cuerpo mortal, con los ojos de la fe se las ve volar á la morada de la gloria, con el lirio en la mano, una auréola de luz sobre su cabeza, con blancas vestiduras, simbolo de su inocencia, y precedidas de los ángeles que han acudido á su encuentro para cantar la felicidad de los puros de corazón.

Y la inmortalidad y la resurrección gloriosa de que goza su alma, también las posee el cuerpo. El Espíritu Santo ha dicho: Nunca será la corrupción la suerte eterna de un cuerpo que ha sido el templo augusto de la divinidad. No hay duda que, como una semilla llena de corrupción, ese cuerpo será enterrado; pero un día, dice S. Pablo, resucitará incorruptible: será enterrado del todo desfigurado, pero resucitará radiante de gloria; será enterrado, privado de movimiento, y resucitará lleno de fuerza y agilidad: en fin, será enterrado como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual, sutil, ligero, exento de las necesidades comunes á todos los animales (Cor. xv, 42, 43, 44). ¡Qué dicha! Y al meditar sobre todas esas ventajas que proporciona la virginidad, ¡quién no dirá con el Esposo de las vírgenes: Dichosos los puros de corazón, porque ellos verán á Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt!*

Amen los fieles esta sublime virtud; corran en pos de ella; velen para rechazar los tiros del enemigo infernal, que persigue constantemente á los que la aman; invoquen con frecuencia á la Virgen santísima, que les dispensará la gracia necesaria para permanecer fieles á su Esposo celestial hasta que tengan la dicha de verle en el cielo, que os deseo.

Véase: DONCELLAS.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Inveni quem diligit anima mea: tenui eum; nec dimittam. Cantic. iii, 4. Encontré al que adora mi alma: asile, y no le soltaré.

O quam pulchra est casta genera- ¡Oh cuán bella es la generacion

tio cum claritate! immortalis est enim memoria illius: quoniam et apud Deum nota est, et apud homines. Sap. iv, 1.

Incorruptio facit esse proximum Deo. Sap. vi, 20.

Et ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det... adii Dominum, et deprecatus sum illum. Sap. viii, 21.

Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ. Eccli. xxvi, 20.

Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Matth. xix, 11.

Venit sponsus, et que paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias. Idem xxv, 10.

Mulier inupta, et virgo, cogitat que Domini sunt; ut sit sancta corpore, et spiritu. I Cor. vii, 34.

Qui matrimonio jungit virginem suam, benè facit; et qui non jungit, melius facit... Beatior autem erit si sic permanserit secundum meum consilium. I Cor. vii, 38, 40.

Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: Virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quicumque erit. Apoc. xiv, 4.

casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres.

La perfecta pureza une con Dios.

Y luego que llegué á entender que no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba... acudí al Señor, y se lo pedí con fervor.

No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler á una alma casta.

No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos á quienes se les ha concedido *de lo alto*.

Vino el esposo, y las que estaban preparadas, entraron con él á las bodas.

La mujer no casada, y una virgen, piensa en las cosas de Dios; para ser santa en cuerpo y alma.

El que dá su hija en matrimonio, obra bien: mas el que no la dá, obra mejor... Mucho más dichosa será (ella) si permaneciere así, segun mi consejo.

Estos son los que no se amancillaron con mujeres: Porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por más que en opinion del pueblo israelítico fuese mirada como una infamia la esterilidad, no fué lo mismo la virginidad. Esta virtud fué siempre muy apreciada y mirada con santo respeto. Cuando Finees hubo derrotado á los madianitas, cumplió el precepto de Moisés, degollando á todos, hombres, mujeres y animales, pero reservando las vírgenes (Núm. 31).

Otra prueba del respeto con que se ha mirado siempre la virginidad es, que á solas las vírgenes les era lícito comer los panes de la proposición, mandando á los demás que para comer de esos panes estuvieran limpios hasta del débito conyugal (I REG. 21).

Los pocos santos que en el antiguo Testamento guardaron la virginidad, tuvieron tanta estima de esta bella virtud, que se valían de todos los medios para custodiarla y conservarla intacta. Así leemos que Eliseo, hospedado en casa de Sunamitis, cuando esta mujer quería hablarle, el profeta le mandaba su compañero para saber lo que ella quería, evitando así el coloquio con mujeres (IV REG. 4).

La bienaventurada Virgen María, aunque saludada con tanto respeto, apenas oyó que de ella nacería el Hijo del Altísimo, acordándose del voto perpétuo de virginidad que había hecho á Dios, antes de dar el consentimiento, quiso asegurarse de que su pureza no padecería detrimento alguno (Luc. 1).

San Estéban brillaba mucho por su pureza, pues mereció ser elegido por los apóstoles para el ministerio y custodia de las mujeres (Actos. 6).

Los tres personajes que en el antiguo Testamento encontramos más privilegiados son los que vivieron vírgenes: Elías fué arrebatado al cielo en una misteriosa carroza de fuego (IV REG. 1); Eliseo posee el espíritu doble de su maestro, y vivo y muerto obra los más estupendos milagros (IBID. CAP. 1 ET SEQ.): Jeremías es santificado en el vientre de su madre (JEREM. 1).

Si queremos conocer el aprecio que hace Dios de la virginidad, nos lo atestiguan las disposiciones que su sabiduría toma para el gran misterio de la encarnación de su Hijo, naciendo de una virgen, teniendo por padre putativo á José, virgen, eligiendo para heraldo ó precursor de su venida á Juan Bautista, virgen, y para secretario de su amor y custodia de su madre al apóstol Juan, virgen, deshaciéndose, en fin, en alabanzas de la virginidad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Virginitas est soror angelorum, victoria libidinum, regina virtutum, possessio omnium bonorum. S. Cyprian. lib. de Virg.

La virginidad es hermana genuina de los ángeles, la victoria contra la lujuria, la reina de las virtudes, la posesión de todos los bienes.

Hi profecto, qui continentiam servant, angeli sunt, qui viventes in carne corruptibili mortalium vitam illustrando tuentur; sunt autem angeli, non ex infimo quovis ordine, sed certe illustrissimi ac nobilissimi. S. Basil. apud Platun. lib 2.

Hi enim carnis nexibus liberi integritatem suam in caelis servant..; at vero illi in terra carnis illecebris et voluptatibus diu reluctantes, incorruptionem angelicæ puritati parem custodierunt. Idem ibid.

Quanta est virginitatis gratia, quæ meruit a Christo eligi, ut esset corporale Dei templum! Virgo genuit mundi salutem, virgo peperit vitam universorum. S. Ambros. lib. de offic.

O castitas, quæ possidentes te lætificas, et animæ ad cælestia alas adjungis! O castitas, quæ passiones minuis, et animum á perturbatione liberas! S. Ephr. serm. 1 de castit.

Virginitas in eo facilius est, qui carnis incentiva non novit. S. Hieron. Epist. ad Eugen.

Quæ est virginitas mentis? Integra fides, solida spes, sincera charitas. S. Aug. in Psalm. 17.

Flos est virginitas, flos martirium, flos actio bona. In horto virginitas, in campo martirium, bonum opus in thalamo. S. Gregor. in Ezech.

Sin duda los que guardan continencia son como ángeles, que viviendo en este cuerpo corruptible ilustran y ennoblecen esta vida mortal: pero son ángeles, no de la más infima jerarquía, sino de los más notables y elevados.

Estos (los ángeles) no teniendo cuerpo, no es extraño conserven su integridad en el cielo... pero aquellos (los continentes), aunque peleando siempre contra el deleite y los halagos de la carne, se conservaron tan puros como los ángeles.

¡Cuán grande es la hermosura de la virginidad, que mereció ser elegida para templo corporal del mismo Dios! Una virgen nos trajo la salvación del mundo, la vida de todos los hombres.

¡Oh castidad, que regocijas á los que te poseen, y das alas al alma para elevarse al cielo! ¡Oh castidad, que acallas las pasiones y libras al alma de tantas tribulaciones!

La virginidad es mucho más fácil en aquellos que jamás experimentaron el incentivo de la carne.

¿En qué consiste la virginidad del alma? En una viva fe, en una esperanza firme y en una caridad sincera.

Flor es la virginidad, flor el martirio, flor otra buena obra; pero la flor de la virginidad se conserva en el jardín del retiro, la del martirio se obtiene en el campo, la de las demás obras buenas también se encuentran en el tálamo.